



Enrique Garrido Jiménez

*En un tiempo sin horizontes, ni futuro...
...los Bancos dominan la Tierra...*

BANCUTOPIA

ENRIQUE GARRIDO JIMÉNEZ

BANCUTOPIA

(Y OTRAS MICRONOVELAS DE HUMOR Y CRISIS)



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Enrique Garrido Jiménez

ISBN: 978-84-19595-28-7

ISBN digital: 978-84-19595-29-4

Depósito legal: M-28852-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

ÍNDICE

EL ÚLTIMO RECORTE	11
BANCUTOPIÍA	61
ESTAFA PIRAMIDAL	161
LA ECONOMÍA ESPAÑOLA, 2008-2009, suite de relatos....	201
1. Microeconomía. <i>Control de costes</i>	203
2. Macroeconomía. <i>Cuestión de fe</i>	211
3. La gran Banca contraataca: <i>El éxtasis de don Diego</i>	225
4. Oferta y demanda. <i>Tratado de supervivencia</i>	241
EL MÁS ATROZ DE LOS CRÍMENES	259
PRESIDENTES EN LA CÁRCEL	377

EL ÚLTIMO RECORTE

(Fábula política)

I

Fue una filtración interesada del Gobierno.

La casi nula tesorería obligaba a reducir las importaciones de algunas materias primas. Descartados los cereales, la carne y la leche (el pueblo llano aún albergaba pretensiones de tres comidas al día), la única partida, por su cuantía, susceptible a recorte suculento era la de las fibras naturales usadas en el sector textil. Y, ¿qué diablos quería decir esto?, se preguntarán los lectores poco avezados en el galimatías económico. En román paladino, que, por decreto ley, las faldas sufrirían una mengua de cuatro dedos.

En los bares, los escasos masculinos que aún se permitían el lujo de un café o de una caña, machistas todos, comentaron regocijados: «Por fin un recorte que nos alegrará la vista». Y en parques y plazas, ejércitos de desempleados ocupados en matar el tiempo tomando el sol, también soltaron alguna que otra chanza, más bien sarcasmo triste, que apenas logró enajenarlos de la murría y el marasmo en que vivían, cumpliéndose así la fama de pueblo pobre, pero humorístico.

El elemento femenino, a estas alturas de la crisis profundamente concienciado, reaccionó con gran sentido cívico: en los hogares o en los gimnasios —la que podía— trabajaron firmemente sus muslos, sometiéndolos a luengas tandas de ejercicios hasta labrarlos a perfecto estado de revista. Y para cuando se anunció la nueva moda de primavera-verano, las así llamadas «brevifaldas» se vendieron como rosquillas... y se lucieron a lo largo y ancho de la vieja piel de toro con notable sentido del deber, la dignidad bien arriba... y el contoneo fácil, dominado: las lolitas y las adolescen-

tes, a la vanguardia siempre en «la aventura de ser mujer», no se cortaron un pelo, digo, un centímetro, a la hora de exhibir muslos elásticos y deportivos, regalando, de paso, vislumbre de tanga y atisbo de nalga prieta y respingona, pues para eso presumían de muy modernas y activas. Las cultas universitarias no se quedaron atrás: bajo el disimulo de libros y carpetas, enseñaron —afán didáctico— muslos de portada o calendario. Las mamás treintañeras, en la diaria tarea del transporte de criaturas al parque, para que desfoguen y travieseen, no desmerecieron nivel y asombraron al mundo, digo, a pensionistas y parados, mostrando excelsas cachas «a lo jovencita». Las cuarentonas disfrutantes del privilegio de un puesto de trabajo se hallaron en la difícil tesitura de brillar musulamen ante los obstáculos de mostradores y mesas de despacho. Pero se las apañaron y cumplieron en carnosas rotundidades, no hubo cliente que presentara queja verbal, o pidiera hoja de reclamaciones, por falta de espectáculo. Y hasta las señoras mayores se peripuestaron a conciencia para ofrecer dignamente sobradas carnosidades nunca antes oteadas fuera del tálamo conyugal, provocando —hay que consignarlo— arrebatos de ojos y sesión de baboseo en el reconocido grupo de los viejos verdes: estimando el órgano en estado de... jubilación definitiva, ¡se tropezaron con la sorpresa! A diferencia de sus congéneres masculinos de menor edad, educados en la modernidad de la corrección política, estas bandadas de ancianos, con su mucha sabiduría y experiencia, no se cortaron a la hora de recuperar y remozar el antiguo arte del piropo salaz. ¡Y cómo se añoraron los exabruptos y guarradas del gremio de la construcción! Pero el sector, tras años de vértigo..., digo, de caída libre, ni estaba para fiestas, ni contaba con numerario. Los pocos que ejercían, de tan acongojados como andaban con el milagro de cobrar nómina a fin de mes, no se atrevieron a decir esta boca es mía, por mucho musulamen que destellara en aceras y autos, que destellaba.

El Gobierno, astuto y sagaz siempre, había adelantado esta medida como paso previo al temible paquete que preparaba por man-

dato, perdón, por *consejo* de Alema-, de la Unión Europea, queremos decir, o sea, de *los mercados*. Estimaba, pues, que las continuas visiones cacháceas provocarían un estado de euforia «permanente» entre el elemento XY, que conduciría a que cierta cantidad de riego sanguíneo, habitualmente sita en el cerebro, se instalara en cierta parte del bajo vientre. El infrarregado órgano pensante, en consecuencia, no dispondría del combustible necesario para elucubrar quejas, medidas de rebeldía, revoluciones callejeras... o actos de flagrante escrache-y-oposición al político de turno que, inconsciente, se atreviera a asomar por la calle, con el panorama que se vivía...

En lo que respecta al elemento femenino, subida la autoestima hasta niveles desconocidos tras tanta admiración y tanto salidismo, y recogiendo los frutos de tanta ayuda inesperada, tanto acto caballeresco y tan continuo cortejo (¡a lo que eran capaces de arrastrarse los hombres con tal de pillar...!), poniendo siempre por delante los sentimientos y el corazón —¡oh, condición femenina!—, no se atreverían a la ingratitud de lanzarse a las cuestiones sociales de la reivindicación. No olvidemos, además, que lucían sexualmente satisfechas, pues sus parejas apagaban los ardores levantados por las tantimuchas visiones musláceas cumpliendo en la cama como nunca antes lo habían hecho. Resumiendo, con la modorra que entraba... *después*, esa pereza tan rica y tan laxa, ¿quién se echaba a la calle «a cambiar el país»?

Llegado este punto, habrá lectores perspicaces —algunos, ojo, sin pasarse— que, con razón, se preguntarán: ¿cómo se había llegado a la *desesperada situación* de obligar a lo más sagrado —madre, esposa, amante, *hija*— a enseñar... hasta el apellido? Cosas del capitalismo, dirán los que saben, que cada equis años se resetea ejerciendo crisis regenerativa y limpiadora de excesos. En España, por clima y por costumbres poco amigos de la lectura de libros, y de reparar en conocer las teorías económicas, la crisis nos había sorprendido a calzón quitado y con el culo al aire: nuestra amplia clase trabajadora, inculta, inconsciente y *ambiciosa*, se había empeñado en

tener... *de todo*: tener *más* que el competitivo compañero de trabajo, más que el pesado vecino enseñado, más que el inaguantable y siempre explicativo cuñado. ¡Así nos iba!

¡Cómo han podido!, pensarán los que sufren de sabiduría económica. ¡Vaya desenfreno gastativo, vaya vivir cual potentados, como si aún se disfrutaran los años de desarrollismo franquista! Para alejarlos de los peligrosos vientos del Comunismo, se permitió que, trabajando únicamente el cabeza de familia, se pudiese adquirir vivienda nueva, utilitario nacional, se sacara adelante prole de tres, cuatro o más chiquillos, sin faltar la televisión, la lavadora o el frigorífico... y hasta carrera universitaria para el mayor. Pero con el comunismo derrotado y aplastado, esos excesos, esos lujos insensatos fruto de la generosidad de los poderes económicos, debían cesar. La sociedad debía retornar a su *orden natural*: el pobre a su pobreza, el rico a su riqueza y el político a su politiquenza.

La primera ronda de recortes se mantuvo dentro de los parámetros habituales: subir el IVA un punto, congelar las pensiones y reducir el sueldo de los funcionarios. De paso se rebajaron los impuestos a los pudientes, «con el objeto de evitar que se debilitaran los niveles de inversión». Y en el entretanto se subieron y subieron los precios... de todo, clamando, al mismo tiempo, desde todas las instituciones dinerarias, por la contención de los salarios, cuya «escalada mortal» nos había abismado de cabeza a la crisis.

El segundo paquete hizo *daño*: minoración indiscriminada de sueldos, incluyendo los de ejecutivos y políticos, para dar ejemplo (menos mal que, bajo cuerda, se les compensó incrementando complementos, dietas y bonus); subidas disparatadas... de lo básico —la luz, el agua, los alimentos—; despidos masivos casi a coste gratuito, e incrementos negativos en los miniimpuestos que pagaban los grandes grupos empresariales, tratando de evitar que huyera el escaso billete circulante al sol eterno de un paraíso fiscal.

La gente, indignada, salió a la calle a reivindicar. El Gobierno reaccionó tomando medidas inmediatas: le echaron la culpa a Eu-

ropa, queremos decir, a los mercados. Los sindicatos, enardecidos por el éxito de las protestas, despertaron: asomando por la calle, otearon panorama favorecedor... y se decidieron a actuar (¡ya era hora!) persiguiendo reunirse con los famosos mercados, para ver si con la negociación (o la súplica) se rebañaban algunas migajas del banquetazo de beneficios. Pero los mercados brillaban muy ocupados como para atenderlos, concentrados en el rollo ese de la especulación, las gangas y las oportunidades de inversión por el alto crecimiento de los países asiáticos y latinoamericanos. Por demás, si no se dignaban a recibir a mindundis-presidentes de Gobiernos, ¿cómo iban a descender al oprobio de tratar con la gentuza representante de los trabajadores? Ellos solo se veían con lo más escogido de la banca de inversiones y lo más granado de la cohorte empresarial, los así llamados milmillonarios (de dólares).

El *tercer* paquete de recortes fue un mazazo en toda regla. Y el ciudadano común no volvió a ser el mismo: asumió que no habría futuro para sus hijos, que le aguardaba una miseria cada vez mayor y que debía concentrar todas sus fuerzas en no malvender en demasía el coche, las joyas de la abuela o el plasma, para lograr el milagro de tres comidas diarias, o de no verse en la puta calle, como otros muchos, por el impago de la hipoteca.

A las nuevas bajadas de salarios, las nuevas subidas de impuestos (o la creación de otros), el notorio deterioro de los servicios públicos y la condonación de multas e impuestos al dinero negro, «para legalizarlo y que rindiera», se unieron medidas de hondo calado social... y psicológico: cierre de canales televisivos, reducción del número de jugadores de fútbol (de 11 a 9) y del número de equipos por división, extinguiendo los insolventes, venta de cuadros del Prado y de pirenaicas —y abandonadas— iglesias románicas a millonarios rusos, chinos y argentinos, privatización o venta —a precio de saldo— de hospitales, cárceles y trenes de alta velocidad, finiquito y subasta de organismos científicos e instituciones dedicadas al arte y la cultura, incluyendo lo que en sus buenos otros tiempos se llamó «cine español».

Y como seguían recortándose las cifras de personas empleadas, las calles se llenaron de zombis, hombres y mujeres de mirada perdida, caídos los brazos, el paso vacilante, que sin fuerzas, sin futuro... y sin nada que hacer, vagaban y vagaban durante las horas de luz, pues a la caída de la noche, otra fauna más siniestra, la de los latrocinadores, abandonaba sus guaridas a la caza y captura de incautos a los que despelotar, dejando a las víctimas hasta sin la dentadura postiza o las gafas de ver, porque, frente a las carteras vacías, cualquier género se vendía fácil en las tiendas de segunda mano, las únicas que proliferaban. Y como se habían «volatilizado» tantos cables y tantas bombillas del alumbrado público, las aglomeraciones urbanas, con independencia de su tamaño, lucían una oscuridad de lobo, que nos retrotraía a los miedos ancestrales, esos pavores masticados en torno a las primeras hogueras. Recuérdense, también, los más que notables recortes en las plantillas de las fuerzas de seguridad que habían dejado estos servicios en estado casi vegetativo, estado de quiero, pero ni tengo ni puedo.

El recorte de un palmo largo en la longitud de las faldas —ahora se entenderá en su justa medida— trajo, por consiguiente, un soplo de vida, alegría y esperanza a un país en estado comatoso. Mas fue todo sueño, la zanahoria que se enseña antes de soltar el trancazo final...

La secretaria del presidente del Gobierno, tras despojarse de bolso y abrigo, y recoger y soplar su taza de té hirviente, lo primero que hizo, como todas las mañanas, fue echar un vistazo a los *mails*, atragantándose: a las 7:12 a.m. —¡vaya horitas de ponerse a currar!— había entrado el fatídico mensaje de la Cancillería alemana.

¡Otro más!, se escalofrió oteando la mañana fría, pero soleada, de un Madrid invernal. ¿Y cómo se lo contaba al presi, con los días tan malos que llevaba de congestión nasal y moco colgando? ¡Estos alemanes no tenían conciencia ni piedad! ¿Acaso era culpa de los españoles que hubieran perdido dos guerras mundiales, si ni siquiera

habíamos participado, por estar muy ocupados matándonos en la nuestra, y en su inevitable prolongación, el llamado «tiempo de las venganzas»? En fin, ¡que fuera lo que Dios quiera...! Y abrió el *e-mail* y bicheó, entre lo ininteligible del alemán —*eins, zwei, drei, vier, fünf...*—, la relación con los *nuevos* recortes. Tras encajarse otro sorbo de té, dio a imprimir, y agarró el teléfono y marcó por «traducción».

—¿Quién hay de alemán? —soltó a bocajarro sin saludar.

—Asun —contestaron—, pero está desayunando.

—Que venga en cuanto termine: hay faena de la dolorosa.

Asunción Mínguez, más conocida en Moncloa como *Frau Deutschland*, había nacido en Wattenscheid, ciudad dormitorio de Bochum, pleno corazón del Ruhr más industrial, de padres murcianos, exiliados económicos, como otros tantos que no lograron engañar el hambre y la miseria con los etéreos y nada nutritivos principios del Movimiento Nacional, o las prédicas de misas y novenas. *Fräulein* Mínguez aprendió la lengua de Goethe con la misma facilidad con la que destacaba en las otras materias, arramblando premios y becas a un sistema educativo próspero y avanzado que reconocía y fomentaba los talentos, aunque provinieran de una niña minúscula (hablamos en estándares de altura de países sanos y bien alimentados), morena y renegrida. A su paso por la *Schule*, el *Gymnasium* y la *Universität*, *fräulein* Mínguez se fue volviendo más aria, más luterana y, con la pubertad, más valquiria que las níveas nativas rubiascas. Un futuro brillante, de orden, trabajo y prosperidad, le aguardaba en la *Deutschland* capitalista, la *Deutschland* preunión con los hermanos rusificados. Pero unas vacaciones en el terruño murciano, visitando a los abuelos, torcieron sin remisión su destino glorioso y europeo: después de tanto *Buch* (= libro) y tanto *Arbeit* (= trabajo), cayó víctima de una grave enfermedad sin cura conocida: se enamoró de un manchego de Albacete, que le soltó con cierta gracia las cursiladas de moda y de turno, la miró a los ojos derritiéndose de amor... y le cogió el culo cuando debía...

En su avanzada escuela teutona, *fräulein* Mínguez había aprendido de sobresaliente todo lo que había que saber sobre

sexualidad y métodos anticonceptivos; y con las compañeras y amigas no se había quedado atrás a la hora de reírse de las burradas de los chicos y de sus arteras y primitivas triquiñuelas para palpar curvas y redondeces. Sabía hacer oídos sordos a frase, poema o canción que contuviera la misteriosa y atrayente palabra *Liebe* (= amor). Pero nadie la previno, *la preparó*, para resistirse a esa misma jeringonza en el muy exótico y romántico idioma de Cervantes. *Fräulein* Mínguez, alemana hasta la médula, fría y cerebral como la que más, contando, por si faltara, con la inestimable oposición de la familia, que siempre ayuda, *sucumbió*. Y tras fuga nocturna y alevosa, y boda simple y por lo civil, huyó con su flamante marido a Madrid, donde, con los brazos abiertos, fueron recogidos y acogidos por una multinacional alemana que acababa de aterrizar en plena transición democrática española, con el noble fin de explotar y apoderarse de un mercado tantos años cerrado.

El alumbramiento de vástagos —¡trágica y lógica consecuencia del Amor y del Matrimonio!— aconsejaron a *frau* Mínguez traspasarse, del excitante y exigente mundo empresarial, a las más sosegadas aguas del funcionariado, sacando plaza de traductora oficial de alemán, y ejerciendo, durante años, el privilegio de la media jornada, al que ahora, con los críos talluditos, había renunciado, ocupándose con ejemplar exactitud de la amazotada cartera alemana en la presidencia del Gobierno, y rebajándose incluso a actuar de intérprete cuando la excelsa cancillera se dignaba a recibir a su pesado y llorón homólogo español.

Frau Mínguez leyó el *e-mail* con neutra mueca profesional. Según avanzaba en la lectura, una media sonrisa irónica y luminosa encendió su rostro de cincuentona de buen ver. La secretaria de presidencia, estudiándola, tan embebida primero y tan socarrona después, se puso en lo peor: ¡nos van a crujir! ¡*Otra vez!*

Frau Mínguez, concluida la lectura, devolvió el papel a su superiora: —Las nuevas recomendaciones de la cancillera para ayudarnos en el difícil tránsito hacia la salida de la crisis —exhaló neutra—. ¡Cómo se nota que el presi es su ojito derecho! —añadió diverti-

da—. ¡Lo cuida y mimaba poniendo a lo más escogido de su Gobierno a trabajar para nosotros, con la de peticiones de asistencia que se reciben de otros estados...!

¡Vendida, traidora, falsa...! —discurría airada la secretaria de presidencia, encajando gesto de mucho agradecimiento, para eso su pudiente familia se había gastado sus buenos dineros en un máster en diplomacia internacional para la niña.

Y no le faltaba razón: *frau* Mínguez, en Moncloa, pleno corazón del poder en España, cogollo mismísimo del centralismo, no ocultaba, no, sino, más bien, *presumía* de filia pangermánica. Y por despachos, salas, corredores, patios, jardines, rincones y aseos proclamaba las virtudes del orden, la disciplina, el trabajo, el sacrificio, la puntualidad y la formalidad, excelsos pilares de la cultura germana que los países mediterráneos, tras Trento, habíamos definitivamente descartado, si alguna vez los ejercimos, por luteranos y herejes, acogiéndonos a los más católicos del perdón, la caridad, el misticismo... y el «¿se preocupan acaso las avencillas del campo...?», que podríamos resumir en la castiza expresión «*mañana*, mañana nos ponemos a ello...», sabiendo que el *mañana* nunca llega. Hemos de consignar también, por fervor a la Verdad de la Ficción, que, cuando *frau* Mínguez concluía su jornada de ocho horas de traidora y apóstata en Moncloa, abandonaba su perfil alemán y se asilaba a su lado hispánico, disfrutando junto a su marido, hijos, familiares y amigos de lo mejor del mundo mediterráneo: no se perdía fiesta popular, estreno cinematográfico, de teatro o musical; sumen también, no lo callemos, los descubrimientos de nuevos restaurantes, pastelerías y bares de tapas; y no pierdan de vista los fines de semana o los puentes, visitando monumental ciudad de provincias o pueblo típico, o relajándose en tranquila casa rural o en playa abarrotada y divina. Y no la acusen injustamente, lectores, ni la condenen sin piedad, por el muy gravísimo y humano pecado de contradicción: con esas inocuas actividades descansaba de tanto proselitismo progermánico, y cogía nuevas fuerzas para proseguir en su Sagrada Misión. No

se imaginan lo que agota predicar en el desierto, mejor dicho, en el páramo español.

¿Cómo se podía ser tan eficiente teutona... y tan marchosa de aquí, sin sonrojo ni pudor?, incredulizarán los lectores hartos desconfiados, que los hay (y muchos), no queriéndose tragar las débiles excusas propuestas por el autor. De acuerdo, poder, poder... ¡no se puede!, parece. Pero si cada lector/a revisa los vericuetos de su memoria, buscando la verdad, no tardará en detectar casos de familiares o conocidos, ejerciendo de viva contradicción ambulante; y no entremos en el campo minado del *autoanálisis*, porque lo que podría salir a la luz...

—Y el presi, ¿cómo sigue? ¿Está mejor de su moquera? —cambió de tercio la pérfida judas proalemana, cayendo que trae cuenta llevarse bien con la secrejeje.

—Esperémoslo. Anoche se retiró con una torta encima... No me explico dónde lo habrá pillado, con lo protegido que lo escondemos de los media, y de sus bacterias y virus...

—¿Dónde lo va a pillar? ¡Viajando! Lo mandáis a Bruselas, de cumbre anticrisis, o de bilateral, a cualquier capital europea bajo cero, y el pobre se pasa sus buenas horas sudando traje de lana bajo una calefacción asfixiante. Apenas regresa, como no lo queréis molestando por aquí, lo encerráis en el primer avión destino América... ¡y tralalá de países hermanos, refrigeración a tope y mojitos-todo-hielo! O, con el temita de la búsqueda de inversiones, lo viajáis a los países petroarábigos, que también tiran de acondicionado por lo sobrado... Y con el cuento de abrir los nuevos mercados asiáticos, lo largáis a megalópolis de calor húmedo y pastoso. Tanta calefacción y tanto aire acondicionado, tanta nieve y tanto sol, tanto desierto y tanto monzón... ¡pasan factura!

—¡Los inevitables deberes de todo líder internacional! —zanjó—. Bueno, cuenta: ¿hasta dónde nos tenemos que bajar los pantalones esta vez?

Frau Mínguez esbozó de nuevo sonrisa sibilina, dejando caer segundos de silencio prolongado y enigmático. Pero, apiadán-

dose de «la tropa ayuna de idiomas», lanzó primer bocado apetitoso:

—La cancillera abre con *dos* párrafos de elogio a las políticas puestas en marcha.

¡Dos párrafos!, emblanqueció la jefesecretaria. Hasta ahora se había despachado con uno. Si venían *dos...* ¡menudos megarrecortazos habría que implementar! En fin, que le entró el telele, el temblequeteo y el nerviosismo..., y le costó la misma vida recomponerse, tratar de hacerse la fuerte ante una inferior con la sartén del idioma por el mango.

—La cancillera es muy generosa —apuntó más repuesta, por si colaba—. En la última cumbre también descansó *dos veces* su mano sobre el hombro del presidente, todo un honor.

Frau Mínguez negó con la cabeza, despidiéndola de vanas ilusiones vanas.

—Son «recomendaciones» de las que hacen pupa —confesó—. Pero «nos conducirán por las sendas del crecimiento, de la reducción sostenida del déficit y de la creación de empleo» —tradujo de memoria las palabras que cerraban la misiva.

A la secretaria del presidente del Gobierno se le secó la garganta, se le cortó la respiración, le fallaron las piernas y le vino un mareo, al tiempo que el corazón se le desbocaba y un dolor agudo y punzante le ocupaba el brazo... Luego dejó a un lado la beatífica ensoñación del infarto, esas benditas semanas de hospital recuperándose, y regresó a la cruda realidad: con lo sana y lo buena que estaba, imposible pedirse la baja médica. ¡Y que ella no era de las que abandonaba el barco en plena tempestad, por más escorado que navegara y más vías de agua que se abrieran! Después —mujer de partido— le vino a la cabeza que la oposición se iba a poner las botas. Y que en las encuestas de popularidad el desplome se iba a acentuar. Esta cuarta ronda de recortes, pensó, con el tiempo que se pierde en el paripé de negociarlos, aprobarlos y aplicarlos, apenas dejaría unos meses para remontar, presentando, con suerte, balance de solo *inicio* de crecimiento en la próxima campaña electoral.

Frau Mínguez la arrancó de las meditaciones.

—Bueno, ¿qué? ¿La traduzco *boy* oficialmente... o «mi mucha carga de trabajo» no me lo permitirá hasta mañana, y así contáis con un diita de reflexión para preparar la voráGINE caníbal a la que os someterán los media?

—Un momento que consulte.

La secrejeje marcó la extensión del control de entrada.

—Feijoo, ¿llegó ya Carlos Velarde?... Entiendo —colgó. Y clavó la mirada en la hispanoalemana—. Para hoy: ha tenido tiempo de curiosearme la agenda, el *e-mail*...y hasta el color de las braguitas que llevo puestas.

Carlos Velarde, secretario personal de la vicepresidenta del Gobierno, disfrutaba del privilegio de ser su enemigo número uno, por espía, por chismoso, por *hombre* y por ligón.

—La primera copia para este despacho —ordenó a su subordinada.

Frau Mínguez, fiel funcionaria-traductora, no desconocía los entresijos y vicisitudes de la política, y que lo más prudente y sabio era mantenerse bien lejos. Pero dadas las críticas circunstancias por las que atravesaba el país, decidió tener detalle, y atrevió consejo:

—No sea tonta y deje que sea la vice la que haga berrear al presi.

La secretaria de la presidencia del Gobierno, ante tal descaro y tal... insubordinación, la miró emitiendo rayos de fuego. Pero pensándolo mejor...

—¿Cómo? —interrogó neutra.

Frau Mínguez, recorriendo con los ojos las «recomendaciones» de la lista, y asumiendo que, a pesar de todo, amaba a este pobre y desgraciado país como a ese segundo hijo no tan listo, no tan guapo, no tan cariñoso, del que nunca se esperará nada motivo de orgullo, sino más bien lo contrario, problemas y malas noticias, pero hijo que también se parió con dolor de las entrañas, segura, apostilló:

—Hágame caso: déjelo todo en manos de la vicepresi.

La *Poderosa*, retomando su taza de té, apenas templado ya, asintió.

Y la competente traductora se retiró a su labor, la hoja del destino rozando su cadera y su rodilla. En su sección, cómoda y tranquila, tradujo:

«Subida del IVA en tres puntos, para cercenar de raíz el derroche consumista; cortes eléctricos desde las 22 horas hasta las seis, para enjugar el déficit energético; cortes de agua desde las 20 hasta las siete, para disciplinar a la población ante el cambio climático, que agravará la tradicional pertinaz sequía; cese total de subvenciones a la Iglesia, para que venda su patrimonio mueble e inmueble, viva con recogimiento y pureza luteranos y gaste el producto de esas ventas en la asistencia a los millones de familias en el paro y en la ruina, más las que pronto entrarán en esta situación; supresión de todas las ayudas a desempleados, para fomentar la búsqueda activa de empleo y desacostumbrar a los trabajadores en paro de los muchos vicios que traen la molicie, el internet y la televisión; venta de la isla de Mallorca a un consorcio alemán, para hacer caja y poder pagar las pensiones de los jubilados y los sueldos de los funcionarios este año; recorte de los sistemas de medidas en un 15 %, manteniendo precios, de tal manera que la litrona de cerveza pase a 850 cl., el kilogramo de azúcar no exceda de los 850 grs., o el kilómetro de autovía no supere los 850 m., disfrazando así la dación encubierta de ese 15 % a favor del empresario, para que recupere o incremente la senda de los beneficios, reactivándose así la inversión y la contratación; recorte de un palmo en las faldas de las mujeres para reducir la importación de fibras textiles...»

La vicepresidenta del Gobierno, a la lectura de cada medida, recibía la sacudida de un puñetazo imaginario en su alma testaruda. Para reponerse, frecuentaba pausas exhalando unos «no puede ser» exangües, hasta que de verdad no pudo más, y se petrificó a catatónica.

Así la encontraría Carlos Velarde, secretario perfecto, que había impreso para sí una copia furtiva, echándose luego a la lectura del panfleto incendiario... y mandatorio. Pero él, haciendo acopio de

toda su testosterona, logró abrir a tiempo el panel de abajo de la fotocopiadora: tras los paquetes de folios y los cartuchos de repuesto, ocultaba botiquín de sanadoras bebidas espirituosas. Agarrando la botella de gin como si le fuera la vida en ello, trasquiló largo trago de enjundia. Y más repuesto del trance, tras segundo trago, también potente, desencapsuló chicle de clorofila extrafuerte, y mascó y mascó hasta borrar el tufo a alcohol.

Carlos Velarde pasó la mano por delante de los ojos extraviados de la todopoderosa, una, dos, tres veces, sin hallar reacción. Y en vano buscó el pulso para certificar el cadáver. Le quedaba una última maniobra de reanimación, que no dudó en practicar: acomodando su trasero de figurín sobre la esquina de la mesa, agarró el teléfono y marcó un número privado.

—Lucy, Carlos al habla: mamá necesita escuchar a su criatura —y encajó el auricular en la oreja de la vicepresidenta: a los gorjeos de su bebé, recuperó el ser, el habla y el oremus, y se pasó diez minutos largos farfullando monerías al fruto de sus entrañas.

—Gracias, Carlos —colgó—. Lo necesitaba... como tú la ginebra.

El perfecto secretario, descubierto, aún contaba con suficientes armas de zalamería masculina, que tantas hembras traspusieran a su lecho, como para subvertir el reproche. Pero no hubo de usarlas porque la vicepresi se hizo cargo:

—Se entiende: esa última medida... conducirá a más de un hombre, y a más de dos, a la bebida, la droga, el adulterio, la homosexualidad, la locura, la política... o el suicidio.

—¡No se puede consentir, jefa! ¡Hasta aquí podíamos llegar! Somos un país *soberano*, un país importante, con un pasado de gloria y esplendor y una historia que... cambió el mundo. En Bruselas entenderán que nos neguemos de todas todas.

—Con el déficit en el que hemos incurrido, no pasamos de estadocho de tercera, siendo generosos. *Así debemos, así nos ven*. No obstante, como bien dices, lo intentaremos todo, Carlos, *todo* —zanjó. Tratando de pensar fríamente, le estorbaban las quejas

quisquillosas de su subordinado—. Si al presi no le temblaran las rodillas cada vez que se entrevista con la cancillera... —e hizo gesto para despedirlo. En la puerta, lo detuvo—: Llama a la *frau* y dile que venga. Mejor asegurarnos: lo único que nos faltaba, recortar *de más* en asunto tan doloroso.

Frau Mínguez compareció trayendo en la mano el *e-mail* en el idioma original. Entretanto, la vicepresidenta se había retrepado y hundido en el sillón, tratando de colar imagen relajada, imagen de alguien al mando y al control. Indicó a la traductora que tomara asiento.

—A ver, Mínguez. Usted que se ha criado en Alemania, los conoce del derecho y del revés: ¿cómo cree que podríamos enfocar el asunto para conseguir *rebajas* en algunas de estas medidas, eliminando, si fuera posible, esa última tan *desagradable*?

Pedir consejo a una simple traductora. ¡Hasta dónde había de arrastrarse para salvar al país de la quiebra! ¡Qué de sapos tan rollizos y repugnantes debía tragarse en el diario desempeño de la acción política, para que, luego, en las encuestas, los ciudadanos opinaran *alegremente* que los políticos no hacían nada, y cobraban un pastón! ¡Cuál injusta era la vida!

—Señora vicepresidenta, con esa misma idea en mente —abrió la traductora—, me he tomado la libertad de hacer unas llamadas a los compañeros traductores de la Cancillería. La supongo al tanto del dicho, que los únicos que saben lo que realmente se cuece en los centros de poder son los conserjes y los traductores.

La vice asintió con movimiento leve de cabeza.

—El paquete está *cerrado*. Y no se contempla la negociación: o lo tomamos y cumplimos..., o nos caerá la intervención de Ber-, de Bruselas, *con las medidas severas de verdad*.

La traductora calló. La vice miró a ninguna parte, buscando salidas imposibles, elucubrando en vano. Resignada, preguntó:

—Esta vez, ¿no hay zanahoria...? —asomó en sus ojos un deje de súplica.

—Oficialmente no. Los compañeros-traductores, sin embargo, han captado *rumores*. La cancillera es una mujer generosa. Si

se cumplen *estrictamente* las «recomendaciones» de este paquete de medidas, dará instrucciones, *aconsejará* al Banco Central Europeo que abra el grifo de la financiación a España, par de años mínimo, aunque otros rumores apuntan a tres.

—Si cumplimos con tanta *austeridad*, serán los propios mercados los que nos financien.

—No se fíe de los mercados, jefa: ¡son más falsos que los hombres! Y como ellos, solo buscan el beneficio propio.

La vicepresidenta se resignó.

—Muchas gracias, Mínguez. Iré a comunicarle la noticia al presidente. ¡Y Dios dirá!

II

Cuando el ciudadano supo la que se le venía encima, la reacción fue unánime... y contundente: silencio, resignación, derrota. Los media, por más que irresponsablemente aventaron a la lucha y al vandalismo, apenas lograron unos comentarios sin mordiente en las redes sociales. La gente, anestesiada del todo, tras tanta ronda de recortes, se refugió aún más en los vicios y en las adicciones, en la tontuna de la televisión y del internet, y en la inevitable oleada de triunfos que asolaba al deporte español: los combinados nacionales, como salían a la cancha en un claro contexto de desesperación, resultaban invencibles, igual que otrora los Tercios, asombrando al mundo. ¡Lástima de leyes deportivas, donde puede ganar el mejor, tan diferentes de las económicas, donde siempre ganan los mismos!

La oposición, en cambio, no se quedó quieta: aprovechando la visita al Congreso de alto cargo o ministro, para guardar las formas del control parlamentario y eso, intentaron *por todos los medios* la exención de la clase política de esa última medida tan desorbitada y funesta. El aludido o aludida, encogiéndose de hombros, replicaba/recitaba el mantra oficial: «Para dar ejemplo, el presidente del Gobierno, tras las personas sagradas del rey y del príncipe, serán los primeros en someterse a la intervención».

Curiosamente fueron los colectivos feministas los que más alzaron la voz en contra de la medida, «aunque *su pasado de hombres* los había hecho merecedores *de eso... y más*», puntualizó una portavoz. No albergaban las mujeres, en sus corazones, el inútil y estéril de-

seo de la venganza, sino el de alcanzar plenos niveles de igualdad, la fructífera colaboración intersexos, acabando para siempre con la tradicional, estúpida e improductiva confrontación.

La Iglesia evitó pronunciarse. Bastante tenía con luchar para que no le retiraran las subvenciones y le abocaran a la venta de imágenes, templos y palacios arzobispales, con mucho museo americano y mucho millonario extranjero frotándose las manos. Y que la tal medida facilitaba cumplir con el voto de castidad y dificultaba cometer el mortal pecado de la lujuria... En privado, no obstante, entre beatas de confianza, numerosos miembros del clero, a título particular, la repudiaron, tachándola de contraria a la doctrina de la Iglesia: se les había olvidado lo mucho que se practicaba tanto en tiempos del Antiguo como del Nuevo Testamento.

Los movimientos ecopacifistas aprovecharon la presencia de micrófonos para, obviando el tema, proseguir proclamando sus reivindicaciones en defensa del medioambiente, la continuidad de las especies y la lucha contra el cambio climático: «El sino del *Homo sapiens sapiens*, especie dañina donde las haya, plaga bíblica, les traía sin cuidado: lo mejor que podía suceder, que se *extinguiera*. Así la Madre Natura podría recuperarse de sus desmanes. Si esta medida contribuía a acelerar la extinción, pues bienvenida sea».

La prensa internacional, singularmente la francesa, no escatimó chanzas del tipo «el bravo toro español deviene en manso y sin casta». Y mientras la germana alababa «el noble sacrificio de nuestro pueblo», la yanquinorteamericana disertaba sobre «la decadencia de lo hispano», fenómeno cuyo inicio situaba hacia el 98, cuando nos derrotaron y humillaron en Cuba.

Preguntados sobre el tema, ningún líder mundial pasó del muy socorrido «no nos atrevemos a comentar los asuntos internos de un país soberano, pero admiramos la entereza y el valor con que el Gobierno se dispone a ejecutar medida tan dolorosa, en nombre del valor superior del déficit, y el ejemplo del noble pueblo español, dispuesto a tan noble sacrificio».

La vice convocó a los consejeros de Sanidad de todas las comunidades autónomas y les plantó delante, para su aprobación simbólica, un plan perfecto, perfecto por *pagado íntegramente* por el estado central. Con el fin de evitar deserciones, exilios... o el retorno a la figura franquista del topo, se concentrarían todos los recursos sanitarios del país para despachar, *en una sola semana*, los millones de intervenciones, siguiendo unos protocolos claros, precisos y *unificados*, tanto en la administración de la anestesia local como en el proceso de cercenamiento, cosido, vendaje, higiene y posterior retirada de puntos.

Las comunidades ahistóricas defendieron en vano su *modus particular*, basado en tradiciones ancestrales, usadas durante siglos en la mejora de la ganadería de raza autóctona, amén de relucir también la muletilla de las interferencias en competencias propias, un clásico.

La vicepresidenta, como siempre, se había preparado a fondo con dossier zanjante, que enarbolaba datos y estudios de grandes eminencias sabihondas, instituciones científicas de indiscutible prestigio académico, más las propias directivas de la Organización Mundial de la Salud, que sobradamente *demostraban* la inexistencia de microorganismos o patologías exclusivas a pueblo, tribu, etnia o grupo social. En cuanto a los métodos tradicionales, la ciencia moderna los había desechado por antihigiénicos, dolorosos y crueles. Claro que sí, por cumplir con una costumbre ancestral, el Gobierno autónomo se atrevía a torturar a sus ciudadanos..., ella no se iba a interponer. En las elecciones se certificaría quién había tenido razón y quién no: el dolor *innecesario* en parte tan sensible de la anatomía masculina, recordó, ni se olvidaba con facilidad... ni se perdonaba así como así.

Los consejeros rebeldes no fueron tan ciegos como para no darse cuenta de que, por mucha fe nacionalista que se profesara, por mucho que, de boquilla, se presumiera de «entregar hasta la última gota de sangre» por el terruño, las raíces, la independencia o el equipo del alma, a la hora de manipular el

órgano primigenio, los principios fundamentales decaían sin remedio.

Dos días antes de la llamada «Semana Patriótica del Recorte Íntimo», el presidente hizo honor a su palabra, y se sometió, con sonrisa forzada y mirada de qué le vamos a hacer, a la «recomendada» intervención. Ministros y directores generales le acompañaron en el gesto. A tiempo para el telediario del mediodía, el gabinete en pleno lucía foto de familia en las escalinatas de la Moncloa. Las ministras, solidarias con todas las decisiones del gabinete, haciéndose cargo, sostenían del brazo, confortaban con dulcísimas palabras, a sus aún medio sedados y adoloridos compañeros.

La foto dio la vuelta al mundo, abrió noticieros, magazines rosa y programas de análisis: sorprendió favorablemente que un puñado de políticos españoles, como todos sus congéneres mundiales, sin conciencia ni escrúpulos, sentara tan inusual y olvidado precedente de Ejemplaridad ante los ciudadanos. Historiadores pedantes y expertos leídos fueron convocados a los platós para opinar sobre el tema, y desempolvaron y citaron otros raros y remotos ejemplos de abnegación y sacrificio por parte de basileos, caciques y caudillos, concluyendo en lo acertado de entender la política como «servicio al pueblo» y actuar en consecuencia.

En Israel y en los países árabes amigos, se sorprendieron por lo tardío de la medida. «Son cosas más propias de la infancia», comentó una fuente anónima cercana a la familia real saudí. Pero se felicitaron por la recuperación de una costumbre de su glorioso pasado islámico, que tanto engrandeciera a al-Andalus. Insinuaron, también, la posibilidad de unas fuertes inversiones, como recompensa y acicate, si se proseguía y consolidaba este proceso de neoislamización. ¡Qué mejor lugar que España para iniciar la regeneración de Europa, ese continente hermano decadentizado por siglos de cristianismo y razón, volverlo a los victoriosos tiempos en que el imperio otomano se extendía hasta las mismas orillas azules del bello Danubio, para, sobrepasando ese limes, inundarlo por completo con los sagrados preceptos de la verdadera religión!

Y como el asunto, fuera de la lectura política, ofrecía una evidente vertiente lúdica, es decir, se prestaba fácil al choteo, cachondeo, burla, mofa, befa, apunte salaz y comentario verduzco, en el día señalado, televisiones procedentes de toda la esfera planetaria instalaron sus unidades móviles a la puerta de ciudades sanitarias, hospitales, clínicas, centros de atención primaria, botiquines de centros escolares y locales habilitados en los villorrios y aldeas que, por su pequeño tamaño, carecían de servicios sanitarios propios.

Las colas entrantes de ciudadanos anónimos, acompañados en el trance por madres, esposas e hijos, novias, amigas con derecho a roce, rollos, amantes, queridas, muchachas cuida-ancianos, quinceañeras curiosas y viudas confortativas, de las que no se pierden una, fueron filmadas y difundidas a lo largo y ancho del planeta azul, sin olvidarse de solicitar las opiniones diversas y variadas, las declaraciones estúpidas o profundas, de los protagonistas del evento: «es lo que hay», «lo hacemos por patriotismo para eso somos de derechas de toda la vida», «nos estamos jugando el futuro de nuestros hijos», «los de izquierdas siempre hemos arrimado el hombro cuando ha hecho falta», «echarle cojones... mientras nos dejen tenerlos». Tratose, igualmente, de entrevistar a protagonistas de las colas salientes, pues informar sobre ambos lados de la cuestión se erige en máxima sagrada del periodismo. Pero hubo poca fortuna: los intentos de agresión y estrangulamiento a reporteros y reporteras, por parte de las hembras acompañantes —los hombres apenas lograban sostenerse—, desaconsejaron el procedimiento.

Ese mismo fin de semana tocaba cumbre, gracias a Dios de las pacíficas, también llamadas «de trámite». Y el país anfitrión se volcó con España: a toda Europa, al mundo entero si dignaban conectarse, se retransmitió *live* la más que dificultosa bajada del presidente del Gobierno por las escalerillas del avión militar que le había acercado, ayudándose del engorro de las muletas, el paquete más que abultado bajo el pantalón. A pesar de la gran expectación... (y las apuestas), no hubo morrazo. Y a la llegada al edificio de la cumbre, mandatarios y mandatarias del más alto nivel, muy afectados por «el sacrificio

español, ejemplo preclaro del ideal europeo de solidaridad y hermandad», se arrancaron en desconocidas muestras de afecto humano e íntimo, besando, abrazando, sobando, achuchando, estrujando, llorando, gimoteando y tartamudeando, sobrecogidos de verdadera emoción verdadera. Al presi, muy manoseado y arrugado, tras tanta afectuosidad inesperada, los encargados de protocolo lo limpiaron y secaron, le cepillaron y desarrugaron el traje, manteniendo especial cuidado en no rozar de manera accidental la zona contuso-operada. Y en todo momento, fieles canes escoltando al Amo, digo, al tullido mandatario, los traductores oficiales de francés, inglés y alemán del Reino de España, Julio Barrachina —también exhibiendo muletas—, Elena Viladecamps y Asunción Mínguez, traduciendo, con neutralidad y desparpajo, las espontáneas y sentidas palabras dirigidas al líder hispano.

Sentados a la mesa, antes de inaugurarse oficialmente la reunión, el líder del país anfitrión, en nombre de todos sus homónimos, pidió «un aplauso cerrado para España, ese gran país que nos ha hecho recordar a todos que Europa se construye desde el sacrificio y el esfuerzo continuo». Emocionándose de nuevo, el líder posoperado... y sensible, saludó al homenaje con gestos de cabeza. Y enardecido por la duración del aplauso, hasta se atrevió a alzar y a agitar la muleta, plan «somos campeones», distendiendo con risas la solemnidad de la ocasión.

No concluyó ahí ese día histórico para la diplomacia hispana. Durante el descanso, la mismísima cancillera de la gran Alemania unificada, ¡nada menos!, se acercó al presidente, y lo acompañó en su incierto deambular pasillo arriba y pasillo abajo, encuentro improvisado e informal, «cordial conversación» que la sombra eficiente de *frau* Asun Mínguez, en traje de chaqueta negro-profesional, muy escaso de falda —los recortes—, traducía, impertérrita y precisa. Nunca sabremos qué buenas palabras concedió la *premier* europea, pero el presidente español, tras su complicada y protocolaria visita a los aseos, regresó a la cumbre destellando fúlgida luz en el rostro, mueca plena de felicidad total.

Y aún le aguardaba una sorpresa de último momento: el presidente de los Estados Unidos de América, de visita en la Rusia postsoviética para firmar unos acuerdos energéticos, adelantó unas horas su presencia en la cumbre (se le esperaba en la jornada siguiente), llegando a los postres. Con su habitual decisión agarró la silla vacía de la ministra de asuntos exteriores de Estonia, en ese momento en el baño, la arrimó a la vera del *premier* español tras abrazarlo, y, con la traductora de inglés en cuclillas —¡menuda exhibición de braga barroca provocada por los recortes faldáceos!—, largó el más estrambótico y divertido discurso de la noche:

—No se vaya a hacer de menos por la operación de recorte de genitales, presidente. Yo nací negro negro... y con todo en contra. Pero nunca me creí menos que los demás y siempre me esforcé en demostrarlo. Y fíjese, a «hombre más poderoso de la Tierra» he llegado, *dicen*. España, a pesar de los difíciles momentos por los que atraviesa, sigue siendo una gran nación, sigue dando ejemplo al mundo. En América cada vez respetamos más, apreciamos mejor, la riqueza y diversidad de las culturas hispánicas. Mis hijas, sin ir más lejos, estudian su lengua con gran aplicación. Y a mi mujer y a mí no nos faltan las morcillas en español, que nos entreveran los encargados de escribirnos los discursos, *amigo*¹.

El presidente del Gobierno de España, no sabemos si por la fatiga de las reuniones, la pesadez de la digestión, la acumulación de cariñitos, el efecto de los calmantes mezclados con alcohol o su natural celta y llorón, se quedó traspuesto y sin palabras.

La eficaz traductora, rompiendo también con todos los protocolos, cortó el silencio, demasiado prolongado e incómodo, con unas palabras acertadísimas:

—Creo que el calor y la emoción de su discurso han impresionado profundamente a nuestro presidente, muy sensible aún tras la intervención quirúrgica, y parece que se encuentra incapacitado para responderle de manera adecuada.

1 Palabra pronunciada en correctísimo centralista, que no hubo necesidad de traducir.(Nota de la traductora, Sra. Viladecamps.)

Tras el histórico triunfo diplomático, de vuelta a casa, la oposición —los cuchillos afilados— aguardaba con ansia la presencia del presidente en el Parlamento para sajarle la yugular. Las diferencias políticas *importaban*, eran insalvables. Pero, en esta ocasión, fue el factor humano el que empujaba al desquite y a la venganza: cuando el presidente del Gobierno dio un paso al frente, para ser el primer político en someterse a la «reducción», al líder del principal partido de la oposición no le quedó más remedio que igualar la apuesta, si no quería perder lo ganado en las encuestas, tras las medidas tan impopulares que se estaba marcando el ejecutivo.

Los partidos minoritarios, en especial los nacionalistas, rencorosos de suyo contra el centralismo opresor, tampoco perdonaban ni olvidaban. Hasta el último momento, bajo cuerda, como siempre, intentaron la negociación. Y tratándose de lo que se trataba, el meollo mismo de las señas identitarias, presentaron ofertas inauditas: a cambio de la exención de sus ciudadanos, ofrecieron apoyo total e incondicional a todas las medidas que presentara el Gobierno durante la legislatura. Se tropezaron con el silencio administrativo. Se atrevieron, entonces, a palabras mayores: un generoso periodo de carencia, de cinco años, para peticiones de competencias, ampliación de presupuestos o privilegios varios. Toparon con más silencio administrativo, que obligó a una oferta sin precedentes... históricos: renunciarían, por escrito y durante diez años, a toda alusión a independencia, referendos, federalismo o nacionalidad; y, si no fuera suficiente, estaban dispuestos a formar parte de una mesa de trabajo donde estudiar qué competencias devolver al estado central. Ante otra oleada de silencio administrativo, como no les quedaba nada más que ofrecer, tuvieron que tragar y someterse «a la cruel y bárbara intervención que Madrid, en nombre de ese feroz y sanguinario pueblo castellano, esa España negra y homicida, les imponía... por imperativo legal». Como en todos los territorios los ciudadanos pasaron por el aro, el argumento les quedó de lo más inane y llorón, incluso entre los suyos.

Ahora, con poderoso as en la manga, irían *a por todas*. Aprovechando el rechine de dientes, la protesta larvada de muchos diputados, por la ignominia sufrida, incluyendo a algunos del propio partido del Gobierno, ni descartaban *la moción de censura*. ¿Y cuál era ese misterioso triunfo con el que pensaban acometer y derribar al Gobierno? *La fuga de los poderosos*.

Explicamos: los que verdaderamente mandaban en el país — hablamos de escasos *miles*—, grandes empresarios y grandes financieros e inversores, con importantes paquetes de acciones en las empresas del Ibex-35 y en el resto de mercados internacionales, no se quedaron de brazos cruzados ante la amenaza del recorte íntimo. Naturales de un país donde lo inexplicable y lo imposible suceden... a diario, se habían guardado las espaldas repartiendo sus bienes muebles e inmuebles entre diferentes estados y entidades bancarias. Como precaución añadida, gozaban pasaportes de un variado de nacionalidades, así como domicilios fiscales en los cinco continentes... y en ciertos archipiélagos perdidos en el océano, perdidos para las huestes de Hacienda-somos-todos, queremos decir, porque en los mapas geográficos, incluso en Google Earth, sí que aparecían. Decidieron, pues, valerse de esas triquiñuelas legales, volando a largas e intensas negociaciones en Japón, Malasia, Brasil, México o la República Sudafricana. Dependiendo de fobias, miedos y aprensiones, tardaron semanas, o meses, en retornar a la patria sanos, salvos... y *completos*.

A nadie que leyera habitualmente la prensa económica le habría sorprendido esta defección en masa del sector financiero español. Si no habían renunciado a prebendas, bonus, subvenciones y trato preferente en lo peor de la crisis, pedir, a estas alturas de la película, sacrificios a los autores materiales (y principales beneficiarios) de la burbuja del sector inmobiliario, era desconocer la realidad y la historia... del país. Porque, ¿de cuándo los poderosos habían pagado *alguna vez* por sus desmanes? Recuerden: en España nunca triunfaron las revoluciones campesinas medievales, ni las burguesas de la Ilustración, ni las sociales del siglo XIX. Y si querían más, ahí tenían

reciente, escociendo, la paliza de la guerra civil: tan pronto como esos republicanillos de chichinabo pretendieron tocarle los cojones y los bienes..., tiraron de cuatro generales chusqueros, la iglesia de los obispos, más un ejército de mercenarios, fanáticos y moros, y les ganaron de calle la guerra, la posguerra, los 40 años de paz y represión... y la mierda de democracia que, porque así les convenía, se dignaron permitir: con el mercado interno explotado al límite, lampaban por el pleno acceso a los mercados europeos. Para ello el mercado común exigía, a cambio, la minucia y formalidad de una democracia parlamentaria —¡qué trato tan barato!—. Y democracia hubo, democracia flojita, pintona y *controlada*, donde, soltando migajas financieras a los partidos con posibilidades, retiros dorados a sus líderes y mandamases, se cumplía a rajatabla la máxima lampedusiana de «cambiarlo todo para que todo siga igual».

El grupo parlamentario del partido en el poder —siempre alguien se va de la lengua— se enteró de los perversos planes. Y aunque doloridos todavía por el recorte, pergeñaron fructífera estrategia de pasillos: no hubo más que mencionar, en ciertos corrillos del bar del Congreso o en *petit comité* en determinados despachos, que, si el sector financiero salía nombrado a público debate, *peligraban* los retiros y las sinecuras en empresas y consejos, o sea, el futuro idílico que les aguardaba tras los sinsabores del paso por la política.

Así, la tarde en que el presidente informó de sus éxitos en la cumbre europea, la oposición, *como un solo hombre* (o mujer), ofreció un pacto de Estado, generoso y sin condiciones, para que este último paquete de recortes consolidara los sólidos frutos de la recuperación económica y el empleo.

Por la costumbre, porque no pintan nada, casi nos hemos olvidado de los grupos radicales de izquierda, que *sí* que presentaron cruenta batalla, dentro de lo que cabe, ya que nadie en el Parlamento, salvo las féminas, estaba para muchos trotes... Pero, como es natural, natural para los intereses económico-financieros, esa batalla apenas se vio reflejada en los media. Para eso eran suyos, y no se difundía nada que les pudiera perjudicar.

Todo había comenzado unas semanas antes, en la sesión de control al Gobierno, cuando el líder de la izquierda radical había interpelado a la vicepresidenta, exigiendo la exposición clara y pública de «los criterios que se iban a implementar en el recorte de miembros viriles».

La vicepresi, con el automático puesto tras noche complicada por la barriguita destemplada de su rorro, respondió aludiendo al socorrido y consabido criterio de los niveles de renta: «Quienes más tuvieran, mayor recorte sufrirían; y las capas más desfavorecidas padecerían recorte mínimo, prácticamente simbólico». Nada más soltar estas palabras, cayó en lo absurdo de su respuesta, pues, misterios de la naturaleza, nunca hubo relación entre el nivel de riqueza de los sujetos y el tamaño de sus apéndices procreativos. ¡Pero ahí la esperaba el líder de la izquierda radical, que no iba a desaprovechar la ocasión de un desliz del Gobierno!

—O sea, *públicamente* me acaba de confirmar que se va a recortar más a los que más tienen. Muy bien, a eso nos atenemos: ¡larga tijera, digo, bisturí, a los ricos! Y esperemos no tener que denunciar, en unas semanas, otro nuevo incumplimiento del Gobierno.

La vicepresidenta no se inmutó con la amenaza: era mujer de recursos, con grandes dotes para la improvisación y la fábula, fruto de sus estudios de Derecho... y de leer poesía y novela.

—Concreto, para que no se diga que este Gobierno se anda por las ramas: en lo que se refiere a esta medida, el Gobierno se va a regir por escrupulosos criterios médico-científicos. Como paso previo a la intervención, el personal de enfermería dotará a los ciudadanos masculinos de material gráfico o videográfico, que pre-disponga al órgano para exhibir su máximo esplendor. Una regla homologada permitirá la exacta medición. Y este Gobierno, que trata de velar por los intereses de *todos* los ciudadanos estableciendo políticas que disminuyan la brecha entre los que más tienen y los que menos, aplicará un recorte proporcional, con el único fin de *igualar tamaños* y que ningún varón pueda sentirse menoscabado o discriminado.

—Ya, ¡igualar! —contestó, descreído, el líder de la izquierda radical—. Ustedes han estado echando toda la carga de los recortes sobre las espaldas de los más débiles. Y el único consuelo que les quedaba, la única alegría a la que el pobre podía acogerse, un buen rato de sexo, también se la van a cercenar sin piedad. Pero *tomamos nota*: como nos lleguen informaciones sobre casos de escisiones *excesivas*... a parados de larga duración o a personas de renta baja, espérense ristra de denuncias ante los tribunales ordinarios, el Defensor del Pueblo y las altas instancias europeas. Este desmán, *como ocurra*, ¡no lo vamos a pasar! Y si hay que tomar la calle, la calle se *tomará*. Aunque corramos el riesgo de otro 36 —y tras esta amenaza, bajó el micrófono y se sentó en el escaño, recibiendo los cálidos aplausos de los compañeros y compañeras de coalición, más el de numerosos y numerosas diputados y diputadas de otros partidos y partidas de la oposición, e incluso el de algunos y algunas correigionarios y correigionarias del Gobierno.

La sesión prosiguió su curso habitu... *actual*, es decir, hubo que recortar la labia, las flores y las críticas para que concluyera antes de las 22 horas, hora del apagón diario: no resultaba edificante que el máximo órgano de la soberanía nacional, aunque dotado de generadores para emergencias, luciera lúcida luminotecnia mientras el resto del país se sumía en la penumbra de velas y lámparas de camping-gas, acostándose a las diez, o enfrascándose en entretenidas partidas de cartas, parchís o dominó, o escuchando, de las abuelas, espeluznantes historias de crímenes, milagros o aparecidos, sesiones como las que, en el pasado, a la lumbre de tantos hogares, transmitían, de generación en generación, la llamada «cultura popular», casi aniquilada, en tiempos recientes, por modernos cacharros tecnológicos, llámense radio, televisión o vídeo, sustituida por eslóganes publicitarios, anuncios hipnóticos y cautivadores, musiquillas de las que no se van, magazines brillantes y estupidificadores, concursos inanes hechos emocionantes por basarse en la codicia... y algún que otro programa o serie de calidad.